

Cuando todo concluyó, Anarda me hizo salir del palco. Cuando la conducía por la escalera, le dije rendido:

— ¿Y qué dice usted de todo lo que le he hablado?

— Que en realidad tenían razón las señoras en pedir no se decretara la tolerancia. Diga usted, que pudieran establecerse aquí harems como en Turquía...

Y al subir á su coche me dirigió la sonrisa más hermosa que puede iluminar rostro humano.



CAPITULO IV

La conspiración de la Profesa

SUÁREZ Navarro había llegado á México por Febrero de ese año, había solicitado no sé qué de Comonfort, y como no lo obtuviera, se dió á conspirar sin descanso, unas veces en calidad de conservador y otras en calidad de liberal; pero siempre en calidad de descontento.

Suyos fueron aquel terrible papel que se llamaba: «Hemos de acabar con ricos, con frailes y con monjío», aquel otro intitulado: «Vamos hablando despacio, mi querido don Ignacio», y todos los que firmados *Marat*, *Robespierre* y *El Septiembrista*, se escribieron hablando de degollinas de monjas y frailes, de confiscación de bienes de acaudalados, de destrucción de iglesias y de otras pequeñeces así.

Algunas ocasiones mi insigne maestro tomaba el otro caído, es decir, el del fanatismo y la religiosidad por la tremenda. Cuando menos se pensaba, detenía á las gentes algún individuo de anteojos sujetos con cinta negra, lobanillo en la frente, barba pelada hasta parecer que brotaba la sangre, montera, capa color de ala de mosca y zapatos de orillo, y entregaba un papel firmado por *Varios católicos* ó por *Un devoto de la Virgen de Guadalupe*, ó por *Un amante de su patria*.

Era de rúbrica en esos papeluchos hablar del riesgo que corría la nación en manos de los impíos sectarios que habían jurado destruirla. Se hablaba allí como si el escribidor hubiera visto los documentos del caso, del compromiso que habían adquirido los hombres del poder, de entregar México á los americanos y de la pérdida de la nacionalidad.

La manera de concluir casi siempre era la misma. «¿Y veréis, católicos, profanada la tierra en que mirasteis la primera luz, por la planta inmunda del sajón, sin levantaros como un solo hombre?»

»No; acudid contra él, que la graciosa indita que una ocasión se mostró en el Tepeyac y otra sirvió al cura Hidalgo de lábaro bendito, os sacará una vez más de la abyección en que desgraciadamente vivís, oprimidos por gobernantes que se burlan del nombre cristiano.

»Arriba, pues, hijos de María; arriba, campeones de la

religión; imitad á los que luchan al lado del valiente Osollos, del noble Miramón y del insigne Orihuela!

»¡Que viva nuestra fe!

»¡Que mueran los filosofastros traidores, los demagogos infames y los *democratistas* orgullosos!»

No escaseaban, naturalmente, las censuras eclesiásticas. Un día se declaraba incursos en excomunión *ipso facto* á todos cuantos adquirieran bienes de la Iglesia; otro á cuantos hablaran de la *maldecida tolerancia de cultos*; otro amanecían puestos en tablillas los nombres de ministros y diputados.

Eran aquellos, tiempos en que se esgrimían las armas espirituales con más priesa y menos cautela que las que convenían; pero en el pecado se llevaron la penitencia los esgrimidores, pues no tardaron las censuras, excomuniones y demás *utilería* eclesiástica en mirarse como tajos dados con la espada de Bernardo, que ni pincha ni corta.

Suárez me encontró un día en la acera del *Puerto de Liverpool*, yendo yo en compañía de un capitán de Estado Mayor. Le saludé con la efusión de siempre, y después de hablar de muchos asuntos, don Juan, como distraído, me preguntó:

— ¿Y todavía conserva, capitancito, aquella afición á los buenos versos que le conocí en otro tiempo?

— Sí, mi General, le contesté; y aunque ya no los

escribo, sí me gusta leerlos y reunirme con quienes los hacen.

— Pues si usted quiere oír algo que vale, vaya esta



tarde á la Profesa. Ya sabe; pasa por el Oratorio. Allí le presentaré con el canónigo Cadena y con el padre Zubeldía, que cultivan más humanidades que nadie en México.

Penetré por una pieza que servía de vestíbulo, vasta, enladrillada, con olor á humedad y á sitio cerrado. Una tinaja de loza de Guadalajara que rezumaba agua, y fresca y colorada como chica holandesa en día de fregotear la casa, era lo único que recibía al visitante.

La pieza siguiente tenía en las paredes una buena cantidad de retratos de personajes. Obispos con sus mitras, prelados de conventos transparentándose de flacura, benefactores seculares con grandes bigotes y horrenda golilla, un violín primero de la catedral, una virreina sonriente y alegre entre todos aquellos sujetos serios y graves.

A la derecha estaba un colateral del gusto de Churriguera, dorado, oprimido, ajustado y contrahecho. Las hojas se luxaban, los fustes se rompían, los plintos se convertían en capiteles; en vez de basamentos se miraban enormes angelones con la boca abierta y los brazos en jarras, sosteniendo todo aquel edificio; quimeras aladas trepando por columnillas y sorprendidas en su ascensión por rostros de querubines que espían toda aquella vegetación, toda aquella exuberancia que constituía el principal defecto de la obra.

Cuando más entretenido estaba, vi dar vueltas por el claustro á un fraile seco, de aspecto duro y de mirada torva.

— ¿Me da usted razón de dónde se reúne la Academia literaria?

— ¿La Academia literaria?

— Sí, esa sociedad donde presentan trabajos y leen á los clásicos paganos el canónigo Cadena y el padre Zubeldía.

— ¿Tiene usted la contraseña?

— ¿Contraseña para oír leer y comentar odas de Horacio?

— Sí, señor, se necesita contraseña.

— Pues no la tengo.

Y me despedí malhumorado.

En la esquina me topé con Nicolás Cuevas, disfrazado

de charro, con gran barba, sombrero jarano, chaqueta de cuero con águila bordada, y cien mil botones en la pantalonera.

— Hermano, me dijo, ¿de manera que tú eres también de los que se reúnen á conspirar?

— ¿Qué dices ahí, tonto? Vine á una reunión literaria á que me convocó Suárez Navarro, y no pude entrar porque me lo impidió un cleriguillo de mal talante.

— Lo que te digo es que Vega, después de su arresto de Perote, Pacheco, *el amigo de Santa Clara*, Zubeldía, Cadena, Blanco y tu amigo Suárez, «el menor padre de todos los que hicieron este niño», tienen arreglado un movimiento que vale cualquier cosa.

— Pero, ¿qué me cuentas, hombre?

— Lo que oyes.

— ¿De manera que tú crees que me tomaron...?

— Que te tomaron como pretexto, ó para comprometerte, haciéndote ver que la atención de la policía estaba fija en ti, ó para desviar la pista que la misma policía tiene cogida, y que se juzgara que no podía haber conspiración, dado que hasta los ayudantes del Presidente concurrían á las juntas.

— ¿Y cómo sabes que hay conspiración?

— ¿Cómo? Como se saben estas cosas, como se huelen por un sabueso como yo; y si quieres prueba, sabe que mañana sale disfrazado para Puebla un fraile felipense.

A los tres días se comprobaba la noticia, pues era aprehendido, por orden de Traconis, un clérigo disfrazado de seglar que portaba dinero é instrucciones para un nuevo pronunciamiento.

Se trataba de cosas espantosas: se arrojarían camisas embreadas á la Catedral y otras iglesias para hacer creer al pueblo que los demagogos quemaban los templos, se mataría á las autoridades y se haría tabla rasa con todo.

A poco salieron desterrados todos los fautores de aquella tremenda conjura, inclusive mi maestro Suárez.

